

MUJICA PINILLA, Ramón *Angeles apócrifos en la América virreinal*. Prólogo de Mercedes López Baralt 2da. ed. Lima & México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1996. 376 p. + 32 láms. ISBN 9972-663-04-3

El culto a los ángeles en el mundo hispánico tuvo un trasfondo político y sirvió para fundamentar, entre otras cosas, la conquista espiritual del Nuevo Mundo. Tal como lo plantea correctamente este libro de Ramón Mujica Pinilla, la cuestión iconográfica de los ángeles rebasa el terreno propio de la historia del arte para incidir en materias conexas como la exegética y la patrística, la filosofía neoplatónica, la magia renacentista, la teología de la Contrarreforma y aún la etnología contemporánea. Una de las preguntas centrales del trabajo de investigación de Mujica consiste en explicar los nombres de ángeles apócrifos que aparecen en la pintura virreinal peruana, especialmente de los siglos XVII y XVIII. A través de la documentación aquí reunida y examinada se comprueba, en el fondo, que ese culto a los ángeles provenía de corrientes mesiánicas judías de origen precristiano.

Durante los siglos del Virreinato se practicaba un culto individualizado a los ángeles que eran evocados por sus nombres propios e identificados con emblemas y símbolos específicos. La invocación de los nombres angélicos formaba parte de una compleja teoría astrológica que funcionaba a la manera de una psicología práctica; era un ámbito intermedio entre el orden psíquico y el divino. De hecho, la Iglesia católica tridentina desarrolló una angelología particular, ortodoxa, pero absorbiendo y reinterpretando los aspectos místicos de sistemas de creencias paralelos, de muy antiguo origen.

Mujica observa que aún no se ha considerado suficientemente la influencia que ejerció la obra del beato Amadeo de Portugal, franciscano de la segunda mitad del siglo XV, quien en el *Apocalipsis nova* (texto difundido a partir de 1502) expresa las revelaciones divinas que alcanzó a través de su contacto con el arcángel San Gabriel. En el amplio marco del virreinato peruano, las revelaciones del beato Amadeo fueron divulgadas mediante la tarea evangelizadora del jesuita Antonio Ruiz de Montoya, quien extendió el culto a los siete ángeles en su catequesis de las reducciones del Paraguay. De manera complementaria, más intelectual, también ayudaron a la difusión del programa escatológico amadeísta el franciscano chileno Alfonso Briceño, autor de *Controversias sobre el primero de las Sentencias* (1638), y el P. Pedro Alva y Astorga, custodio de la provincia franciscana de los Doce Apóstoles, campeón del pensamiento mariológico en las Indias y autor de la *Bibliotheca Virginalis Mariae* (1648).

Posteriormente, será fundamental la contribución teológica del jesuita murciano Andrés Serrano, el cual escribió un libro en dos versiones sobre el culto a los ángeles. Se trata de *Feliz memoria de los siete príncipes de los asistentes al trono de Dios* (1699) y de la más amplia edición llamada *Los siete príncipes de los ángeles, válidos del rey del Cielo* (1707). Aquí se consagraba la identidad de estas figuras de culto, con sus respectivas atribuciones divinas: Miguel, Gabriel, Rafael, Uriel, Sealtiel, Jehudiel y Barachiel. La obra del P. Serrano pretendía mostrar la interdependencia entre religión, política y moral en el mundo hispánico, asignando a los monarcas de la casa de Habsburgo el carácter de portavoces de los ángeles y, por lo tanto, mensajeros de Dios.

El libro de Andrés Serrano ofrece una síntesis completa de los valores teológicos y políticos que terminaron incorporándose al culto angélico amadeísta y pone de manifiesto la vinculación entre la Contrarreforma, los ángeles de la Conquista y las misiones jesuitas en el Nuevo Mundo. Cuatro aspectos principales de aquella obra son analizados en detalle por Mujica, en sendos capítulos de su estudio: 1) el asunto de las fuentes apócrifas y la oficialización de los nombres angélicos; 2) la angelología política de la Contrarreforma, 3) la astrología mística y el papel de los jesuitas en el culto angélico, y 4) el “amor seráfico del hombre de luz”, o sea, las virtudes de iluminación y hermosura que se adquieren por medio de la contemplación divina.

¿Dónde queda, a todo esto, el curioso problema de los ángeles arcabuceros? Como es sabido, en diversos lugares del área andina se pintaron series de ángeles guerreros, portadores de arcabuces, lanzas, espadas, trompetas, tambores y banderas, en lo que constituye una iconografía peculiar de esta región. Debe considerarse, empero, que ya desde el Antiguo Testamento era común emplear un tono militar para describir a las huestes angélicas de Yahvé, como “escuadrones” dispuestos a dar batalla. En parte, la presencia del ángel arcabucero fue la respuesta estatal y catequizadora frente al apu Illapa de las comunidades andinas; vale decir, el arcabuz de los mensajeros de Dios retaba a las fuerzas del relámpago y el trueno. Para los misioneros católicos, tales personajes ataviados en son de guerra prefiguraban la llegada del reino milenarista de Cristo mencionado en el Apocalipsis.

Los ángeles eran tenidos como guardianes o custodios de la monarquía hispánica: por esto vestían al modo de soldados de la guardia real o, en su caso, virreinal. Además, según la postulación del P. Serrano, las imágenes

plásticas de los ángeles servían no sólo para mover la voluntad hacia Dios, sino también para inspirar un temor divino. Los nombres angélicos conocidos en el Nuevo Mundo provenían de antiguas fuentes hebreas utilizadas por los padres de la Iglesia, así como de tradiciones etíopes, islámicas y herméticas. En definitiva, apunta Mujica, “la angelología virreinal fue, por si misma, un renacimiento del pensamiento hebreo más arcaico”. (p. 310).

Aún queda por investigar en profundidad el tema de la adaptación de la angelología europea a la cosmología andina tradicional. Por de pronto, Tom Zuidema ha advertido que en Ayacucho los indígenas asimilan a los *wamanis* (espíritus de la montaña) con “demonios” o ángeles caídos del Cielo y les atribuyen el poder de dominar la naturaleza circundante. Ya en el siglo XVII la relación entre *wamanis*, huacas y demonios fue directamente establecida por los doctrineros y extirpadores de idolatrías; por ejemplo, Fernando de Avendaño expresaba que los ángeles caídos habían sido los fundadores de la (para él equivocada) religión incaica.

Todo vino a cambiar bajo el influjo de la Ilustración, sin embargo, cuando los reyes Borbones, actuando en nombre de la ciencia, el progreso y la razón, declararon su enemistad al escolasticismo y, por ende, a todas las corrientes místicas que se venían arrastrando desde la Antigüedad, inclusive el culto a los ángeles. Al expulsar Carlos III a los jesuitas de sus dominios y promover el despotismo ilustrando en la América española, se suprimieron los modelos políticos de la vieja dinastía, y con ello todo discurso angélico. Es evidente que el nuevo racionalismo y empirismo de origen francés eran “difícilmente accesibles a las realidades ontológicas del espíritu” (p. 303).

La investigación de Ramón Mujica Pinilla representa un provechoso diálogo interdisciplinario, en el cual la historia, la antropología, la teología y la iconografía se dan la mano para rescatar el universo cultural del Virreinato en toda su fecunda complejidad (según lo advierte en el prólogo Mercedes López Balart). Siendo ésta una pieza de maciza erudición y puntillosa recolección de datos, saltan lamentablemente a la vista ciertos errores en nombres de personajes tanto latinos como itálicos, y la bibliografía —que parece no haber sido confeccionada por el propio autor— se encuentra mal ordenada y plagada de equivocaciones. Son unos detalles menores, aptos de corrección, que para nada desmerecen las cualidades esenciales de esta obra innovadora, señera, cargada de preguntas certeras y pistas luminosas.

*Teodoro Hampe Martínez*